

PRINCIPIO Y FUNDAMENTO II Y III [23]

Meditación – 2024

Habíamos visto que el “principio y fundamento”, texto de San Ignacio en el libro de los Ejercicios Espirituales, en su primer parte hablaba acerca del hombre, del fin del hombre, del sentido de la vida del hombre. Cómo el hombre alcanza su sentido, su felicidad, en la unión con Dios. Unión que tiene que ser una unión amorosa, amando a Dios, y el modo de amar a Dios es: alabándolo, sirviéndolo, haciéndole reverencia.

En la segunda parte del principio y fundamento habla de cuál es la finalidad de las criaturas. Vimos la del hombre, ahora tenemos que ver la de las criaturas y después el uso que el hombre tiene que hacer de las criaturas para poder llegar a Dios, que es su fin.

En los pasos de la meditación, en primer lugar, tenemos la **oración preparatoria**:

[46] *La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.*

De nuevo me acerco al lugar en donde voy a meditar y con toda reverencia, con toda humildad y con toda sinceridad, le pido a Dios -puede ser con mis palabras- que me dé *la gracia*. Que todo lo que yo desee y todo lo que yo haga sea solamente para su mayor gloria.

En segundo lugar; la **composición del lugar**. Será la misma también que la del ejercicio anterior; imaginar a Dios dando a Moisés las tablas de la ley. Representa propiamente cuando Moisés, habiendo recibido las tablas de la ley, desciende del monte para darle la ley de Dios al pueblo. El pueblo en vez de esperarlo pacientemente esos 40 días que Moisés estuvo en la cima de la montaña, en vez de eso se construyó un becerro de oro y lo adoró en lugar de Dios. Entonces el enojo de Moisés rompe las tablas de la ley. Un significado muy profundo. Nos separamos de la ley de Dios, la rompimos. El dolor del pecado y de la separación de Dios, de la gente.

La petición, comprenderla. Con mis palabras, con toda sinceridad se le pide esta *gracia*, porque realmente es una gracia como todas las peticiones que hacemos en estos ejercicios. Es una gracia que con nuestras fuerzas no podemos alcanzar, somos débiles. La historia personal de cada uno lo demuestra; tantos pecados, tantas faltas, tantas caídas. Entonces, para conseguir el fruto lo pedimos como una gracia. La que pediremos es comprender cuál es el sentido de las criaturas. Así como el sentido del hombre era unirse a Dios mediante el amor y así ganar la vida eterna para toda la eternidad unido con él, ¿cuál es el sentido de las criaturas? Sabiendo el sentido de las criaturas, aprender a usarlas para amar a Dios, siendo yo indiferente para con ellas. Cuando ustedes hagan esta petición ya la van a entender porque la van a hacer después de haber escuchado/leído todo donde vamos a explicar bien lo que es la indiferencia. Comprender el sentido de las criaturas, ¿para qué

están las creaturas? ¿por qué las creo Dios? Aprender a usarlas para amar a Dios siendo yo indiferente para con ellas. Vamos a explicar que cosa es la indiferencia en el último punto.

El tiempo que se le dedica a la **oración preparatoria**, a la **composición de lugar** y a la **petición** no es tiempo perdido sino tiempo ganado. De modo tal de que ustedes, alguna vez me comentan, emocionados: “hice la oración preparatoria, hice la composición de lugar e hice la petición y cuando me di cuenta ya había pasado media hora y no llegué a los puntos, ¿recé bien?”. Rezó perfecto. No es necesario terminar todo. Lo necesario es rezar bien. San Ignacio, en un texto dice que “no el mucho saber harta y satisface al ánimo, mas el sentir y gustar de las cosas internamente”¹. No es necesario hacer todo, sino que basta con ir haciendo bien profundamente. Dedicarle tiempo a la oración preparatoria, a la composición de lugar y a la petición.

Vamos a dividir lo que queda del texto de San Ignacio en tres partes.

Primer punto. Habiendo dicho que:

[23] El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor y mediante esto salvar su ánima; y las otras cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es criado.

Las otras cosas que no son el hombre y que encontramos en el mundo visible, son creadas para el hombre, para ayudarlo a unirse con Dios que es su fin. Vamos a tratar de comprender esto. En primer lugar, sabemos que “las otras cosas” son meramente temporales. El hombre no, es verdad que el hombre está inmerso en el tiempo, pero después de esta vida tiene la apertura a la eternidad. En cambio, las otras cosas; los animales, las plantas, y las demás cosas, una vez que dejan de ser, dejaron de ser y nada más. Uno llega al final de la vida y se da cuenta ¿para qué me preocupé tanto por eso? ¿para que sufrí tanto por eso si ahora no tiene ningún valor? Nosotros, en el momento crucial de la vida que es el comienzo desde el fin del tiempo y el comienzo de la eternidad, eso es la muerte para nosotros, ahí nos damos cuenta de que las cosas que no tienen valor de eternidad, que no sirven para la eternidad; medio que no tienen sentido. Entonces nos podemos preguntar ¿cuál es el sentido de las creaturas? Si de hecho ellas no perduran en la eternidad, ¿son todas cosas sin sentido? No. No son cosas sin sentido. Adquieren su sentido si le ayudan al hombre a la eternidad. Por ejemplo, si yo uso un celular y lo uso para estupideces, ese tiempo para mí va a ser tiempo perdido y el celular no va a tener ningún sentido. ¿Para que sirvió?; para nada. En cambio, si yo uso el celular para llamar a una persona y consolarla en la enfermedad, para llamar a otra persona y ayudarla en su trabajo, para cosas que me unen a Dios, el celular hace que adquiera un sentido de eternidad por que el celular por más que no perdure, igual el hecho de que me haya ayudado a mí a perdurar, le da sentido. Entonces, las cosas que no perduran en la eternidad, porque son temporales, igual tienen un sentido si ayudan al hombre a conseguir la eternidad, mientras que pierden el sentido si el hombre no la usa para eso. El texto bíblico que dice que “*toda la tierra gime por el pecado del hombre*”, “*toda la creación gime por el pecado del hombre*”, eso es así, porque con nuestro pecado

¹ *Ejercicios Espirituales*, segunda anotación.

arruinamos la creación, no solamente el hombre, sino la creación entera. Entonces ¿para qué están las cosas?: para ayudarnos. ¿Las usamos realmente para ayudarnos? ¿No será que, junto con nosotros, que frustramos nuestra vida al no darles sentido, frustramos también el sentido de las cosas?

“El hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, es la única criatura visible que el Creador ha querido por sí misma”².

Dios nos llama a nosotros a unirnos a él, no llama al árbol a unirse a él, no llama a la tierra a unirse a él, no llama al agua o al sol a unirse a él, nos llama a nosotros. Pero las otras cosas son muy importantes porque nos ayudan a llegar a Dios.

“En el hombre -creado a imagen de Dios-, toda la creación visible debe acercarse a Dios, encontrando el camino de su plenitud definitiva”³. San Juan Pablo II.

Texto muy profundo. La creación visible, las cosas, cómo se unen a Dios, cómo se acercan a Dios, en realidad, cómo se acercan a Dios en el hombre cuando el hombre las usa.

Entonces las cosas son creadas para el hombre, lo vemos de alguna manera deducido porque el hombre al *ser* tiene un arma espiritual que perdura. Se ve la independencia ontológica, la entitativa en el ser que tiene el alma del cuerpo, esa cierta independencia en la libertad del hombre. La materia está determinada por las leyes, en cambio, el hombre es libre. Es evidente que hay una dimensión del hombre que trasciende la materia, la espiritualidad. En cambio, todos los otros seres están inmersos en la materia, no la trascienden. Sólo lo espiritual tiene sentido en sí mismo, porque lo espiritual se puede unir a Dios por el amor y llegar a la eternidad. Lo material tiene sentido en cuanto que ayuda a el hombre, material y espiritual, al mismo tiempo a unirse a Dios. Perfectamente demostrado. Eso nos tiene que hacer rezar, un acto de amor. Tengo que usar las cosas bien, son un regalo de Dios. Tengo que usarlas para unirme a Dios. Ustedes busquen el amor, busquen el unirse a Dios. No es solamente meditación razonada, sino que la meditación es para el acto de amar.

Segundo punto. Si sirven para eso las criaturas, se deduce lo siguiente, sigue el texto de San Ignacio:

[23] *De donde se sigue que el hombre tanto ha de usar dellas quanto le ayudan para su fin, y tanto debe quitarse dellas, quanto para ello le impiden.*

¿En qué medida tenemos que usar las cosas? Yo tengo que usar el celular ¿en qué medida? En cuanto me ayuda a unirme a Dios lo tengo que usar. En cuanto me aleja, lo tengo que dejar. Es decir, lo uso o no lo uso según me acerca o me aleja. Eso se da incluso, en cierta medida, porque por más que me acerque a Dios cuando yo llamo a un enfermo o lo uso para el bien, igual no puedo estar 24 horas al día con el celular. Entonces, es “en la medida”, porque si lo uso fuera de esa medida, no le respeto el fin y ya vamos a ver todas las

² *Gaudium et spes*, 24.

³ Audiencia General, 21 de mayo de 1986.

consecuencias que tiene eso.

Nos preguntamos, ¿cómo hago para amar a Dios *con todas las fuerzas*? Esto es algo que podríamos haber visto en el primer punto del texto: “alabar, hacer reverencia, servir a Dios, nuestro Señor” hemos visto que eso es amar a Dios. ¿Cómo es ese amar a Dios? Lo dice Jesús, es el mandamiento más importante: “*Amarás a Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas*”. Hay que amar a Dios 100% con todo. Porque si uno lo ama con la mitad de las fuerzas, la otra mitad de la vida no tiene sentido. Y en realidad, como veremos ahora, la mitad que lo ama tampoco tiene sentido, porque en realidad eso no es amor, porque si yo amo a Dios la mitad es porque no lo amo como lo debo amar, es otra cosa. Entonces hay que amar a Dios *con todas las fuerzas*. Es evidente que uno ama las creaturas y debe amarlas. Por ejemplo, la mamá tiene que amar al hijo y yo de alguna manera, amo este celular, porque de hecho lo cuido, porque me sirve y lo tengo que usar. Entonces nosotros amamos; amamos la comida cuando vamos a comer, amamos la casa porque necesitamos vivir. Si yo pierdo fuerzas en amar a mi mamá, en amar a mis hijos, en amar a mis familiares, en amar mi trabajo, en amar las cosas que tengo, porque son amores, y yo pierdo fuerzas para amar esas cosas, ¿cómo es que puedo amar a Dios con el 100% de las fuerzas? Y la respuesta es; el amor a Dios tiene que estar presente en el amor a las creaturas. Tiene que estar presente en el amor de la creatura. Por ejemplo, cuando el esposo ama su esposa, el amor a Dios tiene que estar presente en el amor a su esposa. Hay un ejemplo que me parece que es claro: Yo tengo un muy buen amigo que tiene un hijo. Cuando yo amo al hijo, cuando está enfermo, por ejemplo; lo curo, lo protejo o le hago un bien. Si bien, amo al hijo de mi amigo, cuando estoy amando al hijo de mi amigo, está presente el amor que yo le tengo a mi amigo. Porque incluso el amor que yo le tengo a ese chico es por el amor que le tengo a mi amigo. Y cuando yo le hago el bien, le hago el bien por él porque lo quiero a él, pero también le estoy haciendo el bien porque eso va a ser felicidad para su papá, que es mi amigo. Entonces el amor puede estar presente en el otro. Así el amor a Dios tiene que estar presente en el amor que yo tengo a todas las cosas, a *todas* las cosas. Y cuando yo hago vivir el amor a Dios en el amor a las cosas, al amar las cosas yo me estoy uniendo a Dios y así las uso para mi santidad, las uso para unirme a Dios.

Ahora, en la medida que yo no hago que el amor a Dios esté presente en el amor a las cosas, en esa medida estoy amando a la cosa sin que esté presente el amor a Dios. Y entonces ahí el amor de Dios ya no ocupa el 100% de mis fuerzas. Y ya no estoy usando las cosas para unirme a Dios. Ya estoy así perdiendo el sentido de la cosa y perdiendo el sentido de mi vida. Hay que amarlos en esa medida, en la medida que me unen a Dios. ¿Por qué? Porque el amor a Dios tiene que estar presente en el amor a las criaturas. ¿Cuáles son esas criaturas? Esas criaturas son las cosas materiales: una computadora, la casa, el auto, lo que sea, la ropa, las cosas materiales, la comida. Son también los bienes de mi cuerpo, la salud. En la salud: “la vida larga o corta”. “Yo quiero vivir 100 años” y ¿por qué quieres vivir 100 años? “Porque sí”, bueno, no estás poniendo el amor a Dios. Tienes que decir: “quiero vivir 100 años para amar más a Dios” y seguro que el amor a Dios va a crecer si vives 100 años. ¿No lo amarás más si vives menos, por ejemplo, dando tu vida? La cuestión es que yo tengo que amar las cosas en la medida que esté presente el amor a Dios, por amor a Dios. Así, los bienes, mi cuerpo, la salud, los bienes del alma, el estudio -se pueden dar

muchísimos ejemplos-... la carrera que sigo ¿por qué estás siguiendo esa carrera? ¿por qué estás estudiando eso? ¿por qué estás leyendo esos libros? ¿Está siempre presente el amor a Dios en eso que elegiste?... Mis acciones, las vacaciones, las diversiones, el trabajo, todo... El trato con las personas ¿por qué?: porque no puede la novia ser tratada así por el novio, por ejemplo; la novia no es una cosa, la novia también es un ser espiritual que está llamado a la unión con Dios.

Entonces, el trato, esa amistad, esa cercanía, esa relación, sí es una creatura, una creatura en el sentido de San Ignacio, “una cosa”. La mamá con el hijo no es una cosa. Pero la relación sí. Entonces, al hijo lo tiene que querer siempre, pero alguna vez lo va a tener que dejar ir. “Yo lo quiero, pero lo quiero siempre cerca” pero ¿lo quieres siempre cerca por amor a Dios o te estás amando a ti misma cuando no dejas que tu hijo crezca y se vaya? Las cosas pueden ser también las relaciones que nosotros tenemos con las otras personas. Debemos ver si está presente el amor a Dios en cada una de estas cositas o si son cosas que yo amo en sí mismas y jamás me pregunté por Dios cuando las obtuve. ¿Me pregunté si esto me iba a hacer bien a mí, para mi santidad, o lo compré por qué me gustaba? Evaluemos realmente todas las cosas que hacemos. También la diversión, la sana diversión es una virtud y me puede unir a Dios, no se trata de que todo tiene que ser feo, incluso las diversiones, cosas lindas, pero usarlas para unirme a Dios.

Tratemos de examinarnos siempre para ver qué cosas mejorar para pedirle perdón a Dios, para pedirle ayuda. ¿Realmente uso las cosas para unirme a Dios? Evidentemente que, si hago un pecado, no estoy usando las cosas para unirme a Dios. Eso es súper evidente. Pero en muchas cosas que no son pecaminosas, Dios no entra para nada en mi vida. En tal caso, no cumplo con el mandamiento más importante que es “*Amar a Dios con todas tus fuerzas*”. Sí. Dice exactamente, “*con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas*”. No tenemos tiempo de explicar cada una de esas cosas, pero son muy profundas. Entonces, al menos está fallando el primer mandamiento. Quizá no hice algo pecaminoso con este celular, pero no pensé en Dios para nada y pierdo 20 horas por día. No estás amando Dios *con todas tus fuerzas*, evidente. Por ejemplo, al usar muchas cosas no por amor a Dios, lo estoy comparando a Dios con las criaturas. Si uso este celular y le dedico el 10% de mi tiempo sin considerar a Dios para nada, el 10% de mi fuerza se van acá, el 90% a Dios. Entonces yo puedo decir, quiero a Dios, nueve veces más que a este celular. Dios “vale”, nueve celulares. Indudablemente el usar cosas, no para unirme a Dios, es entrar en comparación a Dios con las criaturas y para Dios es una humillación total. Es un desprecio total. Es una ofensa total. Si mucho tiempo de mi vida Dios no está presente, es evidente que no uso de las cosas por amor a Dios y, por ende, no lo amo *con todas mis fuerzas*. Otra cosa para examinar, vas allá de “cosa por cosa” -ver si esto lo uso para Dios- es el tiempo. Si yo no llego a rezar ni diez minutos por día, ¿puede ser que yo ame a Dios *con todas mis fuerzas*? El porcentaje de fuerzas que no use para amar a Dios será tirado a la basura. Como vimos ¿para qué eso? ¿para qué tantas preocupaciones? (pensando en el momento de la muerte) El porcentaje de fuerzas que no use para amar a Dios será sin sentido. Pero el porcentaje de fuerzas que use para amar a Dios tampoco será un amor digno. Porque si yo digo que uso el 50% en el celular y sólo el 50% para Dios, si lo comparé con un celular, eso no es el verdadero amor que le debo que tener. Por eso, Dios, y lo dice Él, es un *Dios*

celoso. Todas nuestras fuerzas. Hay que amar las cosas así porque no se puede no amarlas, las necesitamos. Pero, *todas las fuerzas para amar a Dios*, es decir, las cosas solamente como medios, como instrumentos, para unirme a Dios y no como fines en sí mismos. No amadas por ellas, sino por Dios.

Tercer punto para terminar. Vimos que las cosas nos sirven para unirnos a Dios. Y por eso, que hay que usarlas “tanto... cuanto...” en la medida que me unan, en la medida que no me unan, no. Y si yo las uso “tanto-cuanto” que el amor a Dios está siempre presente en el amor a las criaturas, se sigue necesariamente, sí o sí, que somos *indiferentes* a las cosas creadas. Dice San Ignacio:

[23] *Por lo qual es menester hacernos indiferentes...*

Esta palabra es muy interesante porque no es: “soy indiferente” o, mira “yo no soy indiferente”. O “me tocó”, me tocó como el color del pelo, no. Esto es algo que cae bajo nuestra elección, bajo nuestra responsabilidad. Podemos y debemos hacernos indiferentes. Es necesario hacernos indiferentes a todas las cosas creadas.

[23] *... en todo lo que es concedido a la libertad de nuestro libre albedrío y no le está prohibido;*

Hacernos indiferentes a todas las cosas que no les está prohibido. Es evidente que no voy a ser indiferente al pecado, el pecado hay que rechazarlo, pero todas las cosas que no están prohibidas, que no son pecado, sobre esas cosas tengo que ser indiferente.

[23] *... en tal manera que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, por consiguiente en todo lo demás: solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que somos criados.*

O sea que yo tengo que querer ¿la salud o la enfermedad?: tengo que querer lo que más me una a Dios. Si es la salud, la salud; si es la enfermedad, la enfermedad. Si yo quiero lo que más me una a Dios, yo soy indiferente a la salud o a la enfermedad, porque la quiero solamente en cuanto me une a Dios. Ah, pero a mí me gusta más la salud, evidente, a todo el mundo le gusta más la salud. Pero cuando yo haga la elección, voy a elegir lo que más me una a Dios. Por ejemplo, hay gente enferma de algo contagioso y mortal. Los van a atender, ¿me ofrezco como voluntario? Te ofreces o no te ofreces según eso te una o no te una a Dios. Si a mí me gusta la salud, pero evidentemente Dios me está pidiendo que vaya a cuidar a ese enfermo, que vaya a tratar de convertirlo antes que se muera, por más que a mí me guste más la salud, si puedo darme cuenta de que Dios me pide arriesgarla, lo hago. Y lo que Dios me pida voy a hacer. Así soy indiferente por más que me guste más la salud. Lo mismo la riqueza que la pobreza; tendré que donar o hacer donaciones para ayudar a la gente. El honor que el deshonor; capaz que se burlan de mí por lo que hago. Lo que más me una a Dios. Vida a larga o corta. Y así en todo lo demás...

Naturaleza de la indiferencia.

Me gusta poner el ejemplo de la ambulancia roja: Soy fanático de los autos rojos. Me encantan los autos rojos. Colecciono autos rojos porque sueño con que son Ferrari. De repente mi mamá está enferma y hay que llevarla al hospital urgente para que no se muera.

Llamo a la ambulancia y la mujer que me atiende en el teléfono me dice “¿quiere una ambulancia roja o una azul?” Y yo les digo: “¡Mire si voy a pensar en la estupidez del color de la ambulancia si mi mamá se está muriendo! ¡la que venga más rápido! Por favor, ¡urgente!”. Y si viene roja, roja, y si viene azul, azul. Entonces a mí me gustan los autos rojos, los azules no, pero soy indiferente al color de la ambulancia porque lo que yo quiero es simplemente la más rápida. Lo mismo para la unión con Dios, lo mismo para la santidad. ¿Qué quieres? ¿Vida larga o corta? “Pero ¡mira la estupidez que me estás preguntando, yo quiero lo que más me una Dios!”. Y así me voy a preguntar por la estupidez de tener una vida larga que corta: ¡lo que más me una Dios! Entonces yo razono, así como con el color de la ambulancia y mi mamá, de igual forma con todas las cosas de mi vida con respecto a la santidad de unión con Dios yo soy indiferente. ¿Quieres riqueza, pobreza? “Pero ¡mira lo que me estás preguntando!, claro que me gustan más la riqueza, pero lo que más me una Dios”. Y si yo no soy indiferente y le digo “sabe que, aprovechando que va a venir una ambulancia, mándenme la roja”. “Pero mira que tal vez llegué 2 minutos más tarde”. “Y bueno, pero yo aprovecho a ir en una ambulancia roja”. Si yo no soy indiferente, evidentemente a mi mamá la amo muy poco. Lo mismo si yo no soy indiferente a la vida larga o corta. Si yo no soy indiferente a la riqueza, lo pobreza. Si yo no soy indiferente al honor o al deshonor. A Dios lo amo muy poco. Y si yo no soy indiferente y le digo: “Mándeme por favor una ambulancia roja”, tarda media hora más pero bueno, no importa, aprovecho a ir en una roja. Cuando yo uso la ambulancia no la uso solamente para llevar a mi mamá al hospital, sino que la uso también para gozar de ella porque es roja. Y entonces al no usarla para amar a mi mamá sino porque ella es roja, estoy mostrando que no amo a mi mamá con todo lo que la tendría que amar. Entonces, el usar las cosas no por mi mamá, en ese caso, estoy mostrando que no la amo. Lo mismo con Dios, eso es siempre. Si yo uso una cosa, pero solo por ella y no por amor a Dios, estoy mostrando que a Dios no lo amo en todo lo que lo tengo. Podemos aplicarlo a la santidad.

Precisiones sobre la indiferencia: cosas que no le están prohibidas.

No puedo ser indiferente a matar o no a una persona, a la persona no hay que matar. Estamos hablando de las cosas que no están prohibidas, que no son pecados en sí mismas. Son cosas que se pueden desear, pero no elegir. Si vamos al texto: “deseando y eligiendo lo que más”, hay cosas que se pueden desear, pero no elegir. Por ejemplo, la vida larga o corta, no es que yo elijo, sí puede haber algunas circunstancias o la enfermedad de la salud, sí puede haber algunas circunstancias, pero normalmente son cosas que no se eligen. Si yo estoy deseando: “No, que no me toque una vida corta porque no, no”, son cosas que no se eligen, pero de alguna manera puede ser uno indiferente en el deseo, y en eso hay que hacerse indiferente: en el deseo. Otras en cambio se eligen, por ejemplo, el trabajo, las amistades, las ocupaciones. Cosas que se pueden desear y cosas que incluso también se pueden elegir. Y los ejemplos los da San Ignacio; salud que enfermedad, riqueza que pobreza...

La causa de la indiferencia es el amor.

El amor a Dios, como se debe amar, es lo que me va a hacer indiferente a lo que Dios me pida. En concreto se trata de eso: estar dispuesto a que Dios me pida lo que quiere.

Porque yo lo único que quiero es amarlo. Es el amor. Por ejemplo, si yo veo un fajo de 10 mil dólares que está ahí a 20 metros, lo veo de lejos, y en el camino hay moneditas de un peso tiradas, yo soy indiferente a esas monedas. No me interesa cuántas son. No me interesa si hay dos o tres. Yo corro, vuelo y me tiro de cabeza al fajo de 10 mil dólares que está allá. Porque es el amor a eso. 10 mil dólares hacen que yo sea indiferente por las moneditas. Me voy a perder tiempo juntando moneditas y capaz que otro me agarra el fajo de 10 mil dólares. Entonces es el amor a una cosa que me vuelve indiferente a las otras. Como, por ejemplo, los novios que están tan enamorados que las otras cosas de la vida no es que les afecten tanto. Así el amor a Dios nos tiene que volver indiferente a las cosas.

Hay que examinarse a lo largo del ejercicio con las cosas particulares de cada uno, de su vida: personas, actividades, trabajo, carrera, diversión, cosas, salud, vida. Cada uno conoce su vida y cada uno debe examinar si realmente las usa para unirse a Dios. Si de verdad las usa en esa medida “tanto-cuanto”, si el amor a Dios está presente en el amor a las cosas, si realmente es indiferente.

Terminamos, entonces, con el **coloquio**. Hablar con Jesús y ser sinceros. Estas son palabras que inventé yo, ustedes digan las de ustedes:

“Hasta ahora no he sido indiferente, no te he amado como se debe, te puse a la altura de las cosas.

¡Es increíble!, perdóname. ¿Cómo te pude comparar con cosas que tú mismo creaste y que no son nada al lado tuyo? Ayúdame a mejorar. No pude ser tan miserable de compararte con una creatura.

Ayúdame, porque es evidente que me siento débil para ser realmente indiferente”.

Terminar rezando un padre nuestro.

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Amén.